



BATALLA DE MORGARTEN.

Muerte de Alberto.

Batalla de Morgarten. 15 de nov. 1315.

Libres impensadamente los conjurados del tirano, se mantuvieron quedos hasta el primer día del año 1308, en que por fuerza ó por astucia tomaron los castillos de los señores; un joven de Unterwald introdujo á los suyos en el de Rozberg, valiéndose de una cuerda que le echó su amada; en Sarnen entraron en el patio, bajo el pretexto de llevar los acostumbrados regalos de año nuevo, y á este tenor en los demas; reunidos despues en Brunnen, los tres cantones silvestres se confederaron por diez años.

Alberto habia sido ya derrotado en la batalla de Donnerbühl por los Berneses, que destruyeron los castillos de los barones que le favorecian. Á la sazón, llamando rebelion á lo que era justa defensa de los derechos amenazados, venia en son de vengador, cuando el puñal de su sobrino le dió muerte (1): la venganza de su mujer derramó torrentes de sangre, pero no sofocó ni acabó con la libertad. En esto pensó mas seriamente Leopoldo, hijo segundo de Alberto, el cual, á la cabeza de la nobleza feudal austriaca, acometió á los montañeses, é iba tan confiado en la victoria que llevaba muchas cuerdas con que ahorcarlos ó conducirlos esclavos. Los confederados, habiendo invocado con preces al Dios de los libres, se apostaron junto á Morgarten en número de mil trescientos, armados solo con alabardas para hacer frente á las pesadas armas caballerescas. Cincuenta desterrados se presentaron para poner su brazo en defensa de la patria si eran admitidos, pero no habiéndolo sido, tomaron posicion fuera de los límites de Schwitz y arrojaron tantos pedazos de roca sobre la caballería enemiga que la desordenaron. Aprovechando el desórden los terribles pastores, pusieron en completa derrota á los enemigos, levantaron el destierro á los cincuenta valientes, y renovaron para siempre su confederacion.

Otros países solicitaron entónces entrar en la liga; Lucerna primero, á despecho de su nobleza (1332); luego Zurich, populosa y rica ciudad (1351), y despues Gláris y Zug (1352). El Austria habia puesto en juego todo su poder para impedir este incremento, ya atizando la discordia por bajo de cuerda, ya con guerras declaradas, y en el momento en que Leopoldo tenia cerrada á Soletta, el Aar crecido reventó llevando consigo á muchos soldados austriacos. Los generosos ciudadanos, olvidando que eran enemigos, acudieron á salvarlos, y despues de secos y alimentados los volvieron al campamento. Por todos lados en vez de matar y oprimir como hacian los invasores, los salvaban y dejaban en liber-

Repugna, á la verdad, negar una accion tan solemnemente atestiguada por crónicas, cantos y por la tradicion constante; pero ¿quien ha medido exactamente el valor de la tradicion? Alguno supuso que los Suizos vinieron emigrados de Escandinavia y que de allí trajeron esta leyenda; pero esto hubiera sido ántes de los tiempos de Toko y de Araldo. Pueden verse los diversas opiniones sobre este punto en L. DELER, *Die Sage vom Schusse des Tell*, Berlin, 1826, y L. HAUSSEB, *Die Sage vom Tell*, Ildeberg, 1840.

(1) Véase la pág. 404.

T. IV.

tad, rescataban siervos y aumentaban sus amigos: alegres luminarias encendidas en las alturas anunciaban las victorias que aseguraban la independencia, y la llegada de nuevos hermanos.

Deseaba ardientemente Alberto II de Austria sujetar á Zurich, y con treinta mil infantes y cuatro mil caballos la acometió: pero tuvo que avenirse á un tratado de paz, en el cual, sin embargo, intercaló cláusulas que indicaban una señoría sobre los cantones silvestres. De donde resultaron motivos de desavenencia.

Entretanto era acusada Berna de ser enemiga de los barones, y de excitar el descontento entre sus súbditos, por lo cual los señores del Uchtland y de la Argovia se unieron en su daño, y setecientos señores, mil doscientos caballeros, tres mil soldados de á caballo y quince mil de á pié se dirigieron contra ella. No se desanimó aunque se vió reducida á sus propias fuerzas: los ancianos tomaron las armas lo mismo que los jóvenes, y á su cabeza se puso el caballero Rodulfo de Herlach, despues de haberle jurado todos una absoluta obediencia, pues solo con la disciplina podian vencer al número. Reunidos, pues, los guerreros y los pocos subsidios que aprontaron los cantones suizos, se dirigió á libertar á Laupen, ciudad sitiada, y ganó una famosa batalla, despues de la cual Berna entró en la liga, y muy luego se puso á la cabeza del mayor y mas poderoso canton de Suiza, el cual podria decirse epíloga las gentes y los climas de la conferacion, desde los austeros valles del Grimselwald y del Lauterbrunnen, hasta las arcádicas delicias del Oberland. De este modo la Confederacion Suiza llegó á contar ocho cantones, número en que se mantuvo por espacio de ciento veinticinco años.

Alberto II pretendia que Zug y Gláris renunciasen á la alianza con los cantones silvestres, y Carlos IV, emperador, que tambien lo pretendió, dispuso un ejército para obligarles á ello; pero léjos de conseguirlo tuvo, que acceder á una tregua que dió á los cantones por espacio de veinticinco años una paz tan completa, que para nada suenan los Suizos en este tiempo.

Hubieran podido estos reunirse á las ciudades de Suabia, con las cuales tenian comunidad de enemigos é intereses; pero los cantones democráticos tenian celos de las ciudades y estas de aquellos, por lo cual se mantuvieron aislados, y cuando cincuenta y una ciudades rhinianas de Suabia y Franconia trataron de confederarse, los cuatro cantones no admitieron la Confederacion, diciendo: « Para la independencia basta » nuestro brazo y la ayuda de Dios. » Interiormente tambien las ciudades movieron guerra á los campos y los campesinos á los señores, queriendo verse libres, no solo de este ó de aquel baron, sino de todos ellos. Los señores de Kiburg, aunque despojados por los Habsburgueses, conservaban algunas posesiones disputadas por la ciudad de Soletta. Rodulfo de Kiburg, que habia vuelto de sus guerras aventureras en

1352.

1353.

1358.

Guerra de Kiburg.

Lombardia con mucha gloria y poco dinero, quiso indemnizarse ocupando á Soletta; pero evitaron la sorpresa, y tuvo que contentarse con devastar los jardines de las cercanías. De aquí provino una guerra en que se demostraron el valor de los Suizos y la animosidad que reinaba entre los señores. Leopoldo, duque de Austria y nieto del que fué derrotado en Morgarten, acudió para combatir á estos confederados que no querian dejarse esclavizar de su vasallo, y que habian enviado en doce dias carteles de desafio á casi ciento sesenta y siete señores. Leopoldo se dirigió sobre Sempach, y cuatro mil nobles caballeros que iban de vanguardia comenzaron el ataque; pero siéndoles poco favorable el terreno, echaron pié á tierra, se cortaron las largas y corvas puntas de los zapatos, y siguieron adelante en escuadrones cerrados de cuatro órdenes, en los cuales las lanzas del cuarto estaban al nivel con las primeras, oponiendo al enemigo una muralla de hierro. Los Suizos se empeñaban en vano en abrirla, y entonces Arnolfo de Winkelried, caballero de Unterwald, resuelto á dar la vida por su patria, gritó á los suyos: « Os recomiendo á mis hijos: » yo os abriré camino, seguidme, » y abrazando cuantas lanzas enemigas pudo, las apretó contra su pecho, miéntras que los demas penetrando por aquel hueco, descompusieron el orden del enemigo; seiscientos cincuenta y seis barones, caballeros aventureros, cayeron; cayó la bandera austriaca y Leopoldo mismo fué herido y despues muerto por un pastor; los demas se pusieron en fuga.

Batalla de Sempach.

1386. 9 de julio.

Arnolfo de Winkelried.

En la batalla de Laupen llevaba siempre el sacramento un capellan delante del ejército; ántes de la de Sempach los intrépidos montañeses se arrodillaron para rogar á Dios:—rogar á Dios es vencer á los tiranos. Un canto popular de Alberto Tschudi, zapatero de Lucerna, decia: « Los Suizos religiosos se postran en tierra y ruegan al Cielo en alta voz: ¡ Oh Jesucristo, Dios poderoso, por tu pasion y muerte danos apoyo á nosotros pobres pecadores: libranos de la angustia y del peligro! ¡ Buen Dios, protege este país y á los que le habitan; sostenlo y conserva su libertad. »

Habiéndose rehecho en un año de tregua, acometieron los Austríacos á Gláris, pero fueron de nuevo derrotados en Náfels. Entonces se mandó que cada primer juéves de abril fuese un hombre por casa á Náfels, y allí estuviesen doce dias en rogativas y fiestas, y cuando la procesion llegaba á la bandera de Gláris se recitaba la historia de las batallas de Sempach y de Náfels, y los nombres de los ciudadanos que en ellas murieron, diciéndoles una misa y dando despues gracias á Dios, á la Virgen, á San Fridolino y á San Hilario, sus patronos.

Los confederados se aprovecharon de la victoria para tomar nuevo incremento, de suerte que en Viena se hizo una paz por siete años. Miéntras duró, los cantones ordenaron su Confederacion, en la cual crecia el elemento popular

1393.

por haber perecido muchos barones y condes en las pasadas batallas. Difundióse la fama de los terribles pastores que en cinco años habian alcanzado cuatro grandes victorias sobre la flor de los caballeros, y el nombre de los habitantes de Schwitz vino á ser el de todos los Helvecios (*Schwitzer*), y ya por ambicion y pasiones propias, ya por dinero, del valle de Reuss y del Ticino descendieron á guerrear á Lombardia y á probar las armas de los Visconti en los países montañosos que debian despues ser su baifo.

Por otra parte en la Retia los restos de los antiguos Etruscos, recogidos entre rocas inaccesibles, en que conservaban el lenguaje *ladino*, habian tambien formado una alianza. Eran poderosos entre sí los obispos de Coira, y á su lado se habian engrandecido los barones de Sax, Rázuns, los condes de Verdenberg, de Monfort, de Tokenburg y los abades de Disséntis, que, lo mismo que el obispo de Coira, eran principes del imperio, y que todos estuvieron inmediatos cuando cayó la casa de los Hohenstaufen. Muchos de aquellos señores habian pactado una liga con Gláris, que debia durar tanto como la montaña y el valle, y el obispo la tuvo por acto hostil é hizo detener á su paso los rebaños de Gláris. Tomaron las armas los pastores y saquearon el país: hizo el obispo alianza con otros señores y puesto en pugna con su propia ciudad, se unió con el Austria, y todo el país fué presa de la guerra. El hermoso valle de Schams (*see amnes*) estaba dominado por los castillos de Bärenburg y de Fardun, desde los cuales los condes de Werdenberg hacian continuas rapiñas, metian sus rebaños en las mieses ó robaban las mujeres.

Los Comunes uniéndose, trataron de oponerse á estas demasias y á estas alianzas, y reunidos en Truns, secundados por el abad de Disséntis, y colgados sus gabanes *grises* de sus bastones ferrados, enclavados en la roca, juraron defender contra todos sus derechos. Aliáronse muchos señores con ellos; otros se vieron obligados por la fuerza á entrar en alianza, y reunidos todos de nuevo en Truns juraron permanecer amigos y aliados poniendo las personas, los bienes, las tierras, los soldados en reciproca tutela: « nos ayudaremos con armas » y consejos; será entre nosotros libre la venta » y la compra; velaremos por la seguridad de » los caminos y de la paz; ninguno podrá hacerse justicia por sí mismo ni atentar á la » libertad ó bienes de otro, sino que todos acudirán á los tribunales competentes: serán » respetados en sus personas y haberes los » nobles é innobles, los ricos y los pobres; no » se opondrá obstáculo á la libre eleccion de los » abades de Disséntis, y en caso de graves » contiendas este abad nombrará tres árbitros » y tres los principales barones, y cuando su » decision no quisiese ser observada, la harán » valer de cualquier modo. »

Esta liga se llamó *superior*. Formóse otra llamada *caddea* (casa de Dios) entre los súbditos

Grisones.

1424.

1401.

de Rázuns, Tomiliasca, Heinzenberg y la llanura, para resistir á toda violencia, siquiera proviniese del obispo y de los barones, los cuales tuvieron que consentir en ella, y en llanz recibieron la adhesion de muchos países de los mas incultos. Expulsados los condes de Tokenburg, las diez jurisdicciones dependientes de ellos se aliaron con Planta y Engadina, y de aquí provino la tercera liga de las *diez derechuras ó judicaturas*. Todas se unieron en Vazerol, formando la república de los Grisones, que debia alternar las alianzas con Coira, llanz y Dávos. Pronto la veremos mezclarse en las cosas de Italia.

1346.

1471.

Apenzell.

Apenzell habia sido adjudicado por los reyes de Francia á la abadía de San Gall, que habia reducido á cultura aquellas soledades. Cunon de Staufen, abad á fines del siglo xv, aumentaba y renovaba con rigor los tributos y despreciaba á los montañeses. Uno de sus empleados estableció un impuesto sobre la leche y la caza, haciendo perseguir por perros al que no lo pagaba. Dificil era que el país conservase la tiranía con los vecinos ejemplos de libertad; así es que los pueblos del Apenzell se entendieron secretamente, ocuparon los castillos, y se aliaron con los cantones suizos. El abad llamó en su auxilio á las ciudades de Suabia, sus confederadas; pero su ejército fué derrotado por los campesinos junto á Speicher. Entonces se dirigió á Federico de Austria, que esperaba la ocasion de vengar la muerte de su padre y de sostener á los nobles; pero con los de Apenzell se unió Rodulfo, conde de Verdenberg, que despojado de sus dominios por los Austríacos, hizo causa comun con los oprimidos, depuso la armadura por el cayado de pastor, y moderando con su habilidad el impetu de los montañeses, derrotó de nuevo al enemigo; Federico, habiendo intentado en vano sorprender el Apenzell, tuvo que repasar vergonzosamente el Rhin. Poco faltó para que los vencedores no hiciesen que el Tirol tomase parte en la Confederacion, lo cual hubiera cerrado la Italia al Austria por aquel lado; pero los señores, unidos en seis sociedades, tomaron á sueldo á los mercenarios de la compañía de San Jorge y socorrieron á Bregenz, ciudad sitiada por los republicanos. El soberbio abad de San Gall tuvo que ceder y ponerse bajo la proteccion de Apenzell á quien mandaba dias ántes, siéndole á Rodulfo devueltas las posesiones paternales.

1403.

1408.

1411.

Continuaron no obstante incomodándose, hasta que el emperador Roberto citó á los contendientes á Constanza, donde se firmó una alianza entre Apenzell y San Gall, con las condiciones de que no se reedificaría ninguno de los castillos destruidos, que el duque de Austria recobraría las posesiones que se le habian quitado, confirmando sin embargo los antiguos privilegios de las ciudades y del país. Pero muy luego Apenzell fué admitido como aliado de los demas cantones, aunque refrenando su ardor guerrero, impidiéndole tomar las armas sin el consentimiento de todos los Suizos.

Agitábase entre tanto la Iglesia en el concilio de Constanza, y Sigismundo desterró del imperio á Federico de Austria que habia favorecido la fuga de Juan XXIII, y excitó á los Suizos á armarse contra su enemigo hereditario, animándolos con que les concederia cuanto quitasen á aquel príncipe. Invadieron en efecto sus dominios y derechos, y pudieron gloriarse de haber penetrado en el castillo de Bäden, y destruido las habitaciones en que habian meditado Alberto la opresion de los Waldstetten y los Leopoldos las batallas de Morgarten y Sempach. Habiéndose reconciliado Federico con el emperador, depusieron las armas, pero retuvieron las conquistas como en prenda del dinero que habian suministrado.

La primitiva liga cambió de naturaleza cuando se unió á ella Lucerna, municipio floreciente y ganoso de conquistas, y muy pronto los tres cantones campestres se vieron sobrepujados por los otros cinco que tenian florecientes ciudades y pueblo guerrero y disciplinado. Por lo demas, buscaban por principio mas la libertad personal que la independencia política, admitian la soberanía imperial, el patriciado, el derecho tradicional, y se manifestaban celosos hijos de la Iglesia.

Estos hombres tan ingenuos para formar sus alianzas, tan intrépidos para sostenerlas, no sabian sin embargo estar en paz. Las elecciones, la comunidad de pastos, la envidia, y pronto tambien la ambicion, los desunian; desunialos tambien el tomar parte por este ó aquel emperador, este ó aquel papa, miéntras que los barones atizaban las discordias prontos á procurar su provecho, y los duques eran infaliblemente el apoyo de todo el que queria perjudicar á los confederados. Comenzó en Suiza la triste serie de las discordias intestinas á la muerte del último conde de Tokenburg, cuando se presentaron tantos á pretender la inmensa herencia que dejaba situada en las dos orillas del Rhin. Zurich despues aspirando á conquistar, suscitó la guerra civil, trató con arrogancia los países que queria ocupar de la dominacion de Tokenburg, y su burgomaestre se atrevió á decir á los de Uznach: « ¿No sabéis que vosotros, » vuestra ciudad, vuestro país, vuestros frutos » y hasta vuestras entrañas son cosa nuestra? » Pero estos respondieron: « Lo veremos. » Miéntras así se envalentonaba esta ciudad con sus hermanos, se humillaba con los poderosos; protestaba ante Federico que estaba inocente de la sangre derramada en Sempach y Morgarten, se alió con él, y mediante algunas antiguas posesiones de Habsburgo, prometió darle auxilio contra los confederados. Habiendo sufrido alguna desventaja en los primeros ataques, de cuyas resultas toda la Helvecia se ensangrentó con estragos fraternos y atroces ejecuciones, pidió á Carlos VII de Francia que le enviase uno de aquellos cuerpos de tropas que devastaban este país, á la sazón en paz. Carlos accedió gustoso á su peticion, y el delfin

1436.
1430.